

LA OPCION DE LA IZQUIERDA

HAY bastantes posibilidades de que la opinión del señor Carrillo acerca del resultado de las elecciones generales sea confirmada por los hechos: la dosificación de los distintos grupos puede ser sensiblemente igual a la de las Cortes anteriores. Lo sucedido en España desde el 15 de junio ha sido mucho y grave, desde la deterioración continua de la economía con su consiguiente separación entre las dos clases sociales principales, la clase empresarial y la clase trabajadora, que se culpan mutuamente, hasta el terrorismo incesante y las reacciones de sectores militares y civiles en un sentido antigubernamental e incluso culpando a la democracia. No parece, sin embargo, que todo este movimiento negativo haya producido un traspaso masivo de votos de un partido a otro. Ninguno de los partidos parlamentarios —ni de los extraparlamentarios— ha ofrecido al país un arco de soluciones que ofrezcan alguna esperanza de mejora: no ha habido —hasta ahora— una capitalización importante de votos por parte de nadie. Los grupos que se encuentran más a la derecha de UCD podrían haber sido los beneficiarios del terror, las amenazas y el desorden, pero su propia torpeza les está presentando como una amenaza en lugar de como una solución. La misma fruición con que acogen y propagan las pequeñas y grandes catástrofes del país, para demostrar lo necesitados que estamos de ellos, les hace sospechosos, sin duda injustificadamente, por lo menos en lo que a algunos políticos se refiere, de colaborar con los autores de las catástrofes. Díscolos, ofensivos, rígidos y apocalípticos, están ahora mordidos entre sí. Su frente se rompe, sus alianzas son imposibles. ¿Cómo pueden dar una imagen de unidad nacional aquellos que son incapaces de mantenerla entre ellos mismos? Cierto que la izquierda está dando también pruebas de discordia: la ruptura en Cataluña, las polémicas en torno a Alfonso Guerra, la dureza de vocabulario... Antes de que la campaña empiece, estos prolegómenos nos indican que los grandes dirigentes se enzarzan más entre sí mismos que contra quienes representan el adversario político. Todo lo cual puede descorazonar al elector.

Y todo lo cual está favoreciendo al partido del Gobierno. No puede presumir el Gobierno actual de que los nueve meses de poder entre las dos elecciones

hayan sido brillantes. Su baza máxima, la Constitución, ha sido poco estimada. El cálculo del presidente Suárez estaba teóricamente bien hecho: podría presentarse ante el pueblo como el hombre que trajo las elecciones y las legalizaciones al país, el hombre que consiguió promulgar la Constitución y crear un estado de política nacional en el cual todos los partidos políticos han convenido en unos mínimos, renunciando a sus máximos. Lo que se llamó el milagro español y fue suficientemente aireado por la connivencia de otras democracias: España daba un ejemplo al mundo con una transición sin víctimas y sin asperezas. Todo esto se ha marchitado. Las violencias y las asperezas están a la orden del día, y la Constitución no gusta, no interesa, y produce un número de abstenciones considerable. La derecha acusa al Gobierno de ser demasiado blando con los terroristas, y la izquierda le acusa de serlo con golpistas, conspiradores y agentes del movimiento contrario a la democracia.

SIN embargo, este partido, que se presenta maltrecho, está beneficiándose de la falta de opciones que ofrecen los demás, o de unas opciones mayoritariamente repudiables. Los grupos que

pelean a su derecha buscan unas formas de franquismo más o menos disfrazadas, y colaboran con quienes las pretenden sin disfraz.

LOS grupos que disputan a su izquierda siguen sin presentar unos programas de alternativa posible. Y pasan malos ratos con sus propias minorías. Si don Santiago Carrillo tiene razón y la dosificación en el Parlamento es parecida o equivalente a la que había en el que se disolvió, no dejará de ser una novedad escasa: que un Gobierno que fracasa y que es denigrado por todos recupere después de las elecciones generales su misma condición de partido de Gobierno no significaría que todo está igual, sino que todo está peor. Y que las soluciones se distancian, y que seguimos "condenados a Suárez". Habrá, probablemente, otras diferencias con respecto a las elecciones anteriores, y algunas significativas. Una de ellas puede ser el progreso de las abstenciones, en la misma línea del referéndum; favorecerá a la derecha, aunque esos votos no sean contables para sus partidos, en el sentido de que indicará una especie de cansancio de la política, de los políticos y de los partidos. Es decir, que podrá ser explotada en el sentido típico de los antidemócratas en tanto que enemigos del régimen parlamentario de partidos.

PERO habrá, también, una modificación en las personas que representen en las dos Cámaras a los partidos políticos. Aunque las listas que se han ido haciendo públicas al final de la semana pasada no ofrecen grandes muestras de imaginación, sí ofrecen las suficientes novedades para restaurar posiblemente una imagen que los anteriores contribuyeron a deteriorar. Los partidos políticos no tenían suficientes hombres, ni suficientemente probados, para las elecciones anteriores. Salvo algún pequeño talento y alguna buena voluntad, no ha habido descubrimientos parlamentarios. Más bien los ha habido negativos. Aquellos bisoños estaban demasiado sometidos a la disciplina de partido, eran más obedientes a las consignas que a su propia voz. No es lógico que los nuevos vayan a salirse de la disciplina de partido, pero pueden tener algunas inflexiones mejores. Algunos, más experiencia. Otros, más libertad. La modificación que pueda haber en el Senado será considerable y





Voto útil para la izquierda será cualquiera que se dé a un partido de izquierdas y se reste a UCD. (Sartorius, Camacho, Redondo y Prieto, en la manifestación unitaria contra el paro celebrada el viernes 19 en Madrid.)

será interesante: sólo la desaparición de los senadores de designación real será ya un suspiro de alivio: no sólo por lo que significaban de escasa vocación democrática, sino porque, en general, y dejando aparte algunas brillantes excepciones, han sido más negativos que positivos.

PODRA esperarse también de la nueva composición de las Cámaras y de la nueva situación del país que los parlamentarios contribuyan a dar rasgos fisonómicos más diferenciados a sus partidos. La obligación del consenso y los trabajos a puerta cerrada, en comisiones, no sólo no han contribuido a prestigiar las Cortes, sino que no han prestigiado a la democracia y a los partidos. Puede esperarse ahora una mayor abundancia de debates, de intervenciones, de réplicas, que es, en definitiva, lo que se espera de un Parlamento. Y lo que ayuda a formarse una opinión concreta de los partidos políticos.

SI no fuera más que todo esto, ya sería bastante para que las elecciones pudieran tener un interés. Aparte de que sean correctas y necesarias: en buena ley, unas Cortes que han cumplido un trabajo constitucional deben dejar paso a otras que interpreten esa Constitución y que respondan al efecto que la Constitución haya causado en la opinión pública. Pero puede haber algunas variaciones más. No es, naturalmente, seguro que la composición del Parlamento vaya a ser la misma. La sagacidad y el cálculo del señor Carrillo pueden verse empañados por los acontecimientos que se produzcan a partir de ahora; uno de ellos, ya sabido, el de la campaña

electoral. Incluso está habiendo ya variaciones en la imagen de los partidos. Se ve ya que UCD no es la misma; está avanzando hacia la derecha, está ya ofreciendo bazas a quienes no las pueden encontrar en el cubil de los partidos más a la derecha. Está consolidándose dentro de unos designios internacionales de fuga hacia el conservadurismo —que es su vocación—, y lo promete ejercer con mayor entereza cuando tenga por delante cuatro años seguros. Se está consolidando también el partido socialista como una opción posible para el futuro, aunque no lo sea para estas elecciones. No tendría nada extraño que, de aquí al 1 de marzo, la modificación de la opinión pública española vaya a favorecer a esos dos partidos, y que las diferencias de dosificación con respecto a las Cortes anteriores vayan en ese sentido del bipartidismo que muchos desean: una derecha orientada hacia lo posible, que es UCD, y una izquierda orientada también hacia lo posible, que podría ser el PSOE.

ES uno de los cálculos que se pueden hacer. A partir de él, la izquierda podría establecer con más claridad su forma de acudir a las urnas, como a partir de cualquier otro que ayude a comprender que UCD se va hacia la derecha y que finalmente la van a apoyar los derechistas que van estando desalentados de las posiciones de sus grupúsculos.

LA orientación de la izquierda democrática debería dirigirse a evitar la abstención y a optar por el grupo o partido de izquierda que más favorezca a su conciencia, entendiendo ya que cualquier forma de unión de la izquierda es imposible. La idea del "voto útil" podría

ser una trampa para la libertad de elección, en el sentido de que ningún partido de izquierda va a llegar directamente al poder el 1 de marzo, pero que una abundancia de izquierdas en el Parlamento puede influir en la forma de gobierno de este país. Voto útil, para la izquierda, podrá ser cualquiera que se dé a un partido de izquierdas, cualquiera que se reste a UCD, cualquier huida del abstencionismo que pueda dar una sensación de indiferencia por la democracia. Podrá ayudar a que el desarrollo de la Constitución vaya más lejos de lo que ha podido ir la Constitución en sí, y podrá ayudar también a que un predominio de la derecha incline al país hacia formas que no están presentes en las tres votaciones realizadas desde la muerte de Franco.

ESTA postura inicial ayudará a disipar muchas de las indecisiones y de los "desencantos" actuales. Quizá una gran mayoría de los españoles no se encuentren ahora representados personalmente en la escasa ideología y la más escasa definición programática que ofrecen los partidos de izquierda. Pero la adscripción a una idea general de izquierda será siempre un peso de equilibrio en la vida nacional. Porque de todos los resultados imaginables, uno de los menos disparatados de calcular es que la izquierda general podría obtener más votos que el centro y la derecha, y que, aunque no estuvieran esos votos regularmente representados en el Parlamento, y los partidos beneficiarios no estuviesen dispuestos a compartirlos, darán un equilibrio considerable a la política nacional y ayudarán a disipar otras especulaciones que deben tener menos base. ■